



“EXPERIENCIAS EN DUELO”

Esther Paco Vda. de Arratia

Miembro del equipo de Cuidados Paliativos-SENTEC

Mi papito querido

Lo de mi papá fue un duelo sorpresa porque murió en un accidente automovilístico. A pesar de mi embarazo, a unos días para dar a luz, fui a verlo al hospital donde lo operaron de la cabeza, pero no había mucha esperanza de que se recupere. En una de las visitas presenté que no viviría, así que fui a la iglesia a solicitar al padre que me acompañe para que le dé los santos óleos y ore por mi papá.

Desde ese momento y en silencio, llevé el duelo dentro mí con mucha fuerza para no hacerla preocupar a mi mamá y a mis hermanos. Las horas de espera fueron muy dolorosas, lloraba a ocultas de mi hijita y mi esposo porque él y su familia me decían que le afectaría a la bebé que estaba por nacer.

Mi papá esperó a que naciera mi bebé. Al día siguiente fui a verlo y pude despedirme; me fui triste y esa noche llamaron para decirnos que murió. Fui a su velorio y al entierro, como tenía a mi bebé me fui a mi casa y lloré lo que pude, me daba pena mi mamá porque no podía estar con ella.

Como no participé de todas las ceremonias de costumbre, hasta la fecha tengo un vacío en mi corazón porque me siento como si lo

hubiera abandonado, como si no me importara mi papá.

Mi hijito, segundo retoño

Mi hijito vivió un año y seis meses. Esta pérdida fue muy impactante para mí, porque nunca pensé que los niños se morían, no podía creerlo. El duelo fue muy doloroso y hasta nos llevó a algunas discusiones con mi esposo puesto que él me echó la culpa a mí y yo le culpaba a él. No podía superar no tenerlo a mi lado.

Cada mañana me dirigía al cementerio para ir a escuchar si estaba llorando y me quedaba un rato a llorar para luego ir a trabajar. Este duelo duró mucho tiempo, se me hizo costumbre ir cada semana al cementerio. Así fue durante un largo tiempo. Dejé de ir cuando mi hijita mayor ingresó al kinder, esa actividad me ayudó a olvidar y dejar de ir al cementerio.

Él murió porque le dio la enfermedad de escarlatina, nació con bilis y se le complicó por la fiebre, tos, y también hubo negligencia del médico.

En las misas de ocho días, un mes, tres meses, seis meses y hasta de un año, los vecinos, amistades y familiares nos

acompañaron consolándonos diciendo que éramos jóvenes y que tendríamos muchos hijos, yo decía que fácil es decir eso, pero no será como el que murió. La muerte de un niño atrae a mucha concurrencia de gente porque es el sentir de un duelo por un inocente niño. Traté de cumplir con todas las costumbres porque era como si le estuviera dando toda mi atención.



Mi mamita del alma

Este pasaje fue muy doloroso para mí, porque tuve enfrentamientos con mi hermana.

Mi mamá casi siempre estaba en mi casa, por lo tanto, yo conocía todos sus gustos, sus inquietudes, sus preocupaciones, sus rabias y necesidades. Ella era muy juguetona por eso se llevaba bien con mis hijas, jugaban a las cartas, adivinanzas, a ocultar golosinas. La querían mucho y la mimaban en todo. En sus tiempos de distracción tejía tapetes, manteles a crochet, eso la distraía.

Un día ya no vino a mi casa, eso me extrañó y fui a su casa para verla. Ella estaba mal y me la llevé a mi casa. La hice atender con un médico particular. Un día el médico me dice que mi mamá necesitaba de equipos para que le hagan estudios. Aconsejó que se la interne en un hospital.

La interné en el Hospital Obrero y me dijeron que necesita una operación de la vesícula pero que por su edad no se la podía hacer y su corazón no resistiría, entonces se siguió un tratamiento. Estaba en este proceso cuando llegó mi hermana y la sacó del hospital indicando que en la casa se curaría, pero la dejó en su casa sin que nadie se haga cargo.

Cuando llegué del trabajo le reclamé y le expliqué por qué estaba internada y después de tres días volví a internarla, pero mi mamá ya estaba mal porque la bilis reventó y se había teñido todo su cuerpo. Esto fue fatal

Una mañana la dejé porque tenía que ir a trabajar y, cuando apenas llegaba a mi casa, me llama mi otra hermana que se quedó cuidándola y me dijo -la mamá acaba de morir- lancé un grito de rabia, dolor, furia, ira, y volví al hospital, cuando entraba, el médico me dijo que no se podía hacer nada, que tenga resignación y que la podía llevar a la morgue para que la preparen para el funeral.

Este día se entró el sol y se derrumbó el mundo para mí. Era como si me hubiera muerto en vida. Me afectó tanto que perdí el sentido de la vida. No quería saber de nada, casi pierdo mi trabajo porque no respondía y porque el dolor estaba dentro de mí. No lloraba, solo quería estar a solas, no quería música, no quería bulla. no quería ver gente, todo estaba en silencio en mi casa, mis hijas afectadas, mi esposo también, solo él nos entendía, no tuve acompañamiento de la

familia porque la familia de mi mamá ya había fallecido, teníamos primos que estaban lejos, no tenemos tíos.

Se realizaron las costumbres del entierro. En el ataúd pusieron una encomienda de comida, dicen que es para la familia que está en el cielo, pusieron una escalera, aguja, hilo, huevo, agua y otras cosas más, esto le ayudará al alma en la caminata al cielo, dijeron. Al día siguiente, con un familiar que era adulto mayor, se abrió su cuarto y se procedió a entregar los objetos que servían a los hijos y también la familia se lleva de recuerdo. Todo lo que tenía de ropa fue seleccionada: lo bueno para regalar a los familiares, lo usado para el lavatorio o para ser quemada en el velatorio de los ocho días y así, todas sus pertenencias nos fueron divididas

El duelo y luto lo llevé todo el año y cada misa que hacíamos era para llorar recordándola, decían que se debe sacar el luto y lo hicimos. Al cabo de un año, con baile y música, me vestí de color y he permitido que me echen con mixtura, con esta actividad dejé el luto, pero el duelo no. Dicen que después de la oscuridad viene la luz que es de esperanza, de resignación, de que el alma del fallecido descansa en paz.

Mi querido esposo y amoroso papito de sus hijas y nietos

La muerte de mi esposo fue muy dolorosa para mí, mis hijas y mis nietos porque nunca pensamos que lo perderíamos ya que no estaba enfermo de gravedad.

Fue un 25 de junio que mi esposo eligió como fecha para que lo operen de la vesícula. El médico le dijo que debería internarse a las 6 de la mañana. Fuimos en un auto y se internó. La operación tardó mucho y recién, casi al

medio día, el médico me dijo que yo me fuera porque él haría guardia toda la noche - estará bien cuidado- dijo - su caso fue complicado, se le hizo una operación abierta, pero que está respondiendo bien – continuó.

Al día siguiente fui al hospital y pude verlo en la sala donde lo sacaron. Estando con él me preguntó si tenía dinero, le dije que sí, entonces me dijo que comprara un regalo para el médico porque le contó lo difícil que fue su operación. Yo acepté y le dije que él debe mejorar y sea él quien le entregue el regalo. Toda la tarde estaba bien, pero como a las 19 horas se fatigó y el médico me dijo que lo trasladaran al Hospital Obrero a terapia intensiva. Lo trasladaron y allí empezó el calvario, no había terapia intensiva. Lo recibieron en emergencias que estaba súper lleno, no había cama, él continuaba en la camilla, no estaba el médico que debía atenderlo. Esa noche fue terrible.

Al día siguiente lo trasladaron a una cama, pero igual no vino el médico. Recién a medio día lo encontré al médico, cuando ya se iba, dijo que ya dejó instrucciones y que él no tenía tiempo ese día. Toda la tarde se fatigó y me dijo - llévame a la casa- y le dije tienes que sanarte y nos iremos.



Así amaneció, luego me sacaron de la sala porque era visita médica. Cuando terminó yo ingresé y lo vi muy mal, reclamé para que lo atiendan, pero fue inútil, no me escucharon hasta que les dije que llamaría a la prensa y recién empezaron a llamar al médico, pero fue tarde porque mi esposo ya estaba con convulsiones, fue en vano que le oprimían su pecho yo les dije que no le hagan eso porque él ya estaba muerto y no era necesario que lo lastimen más. En ese momento en toda la sala grité les dije a todos que eran inhumanos y que no les importaban las personas adultas mayores, por eso no les atendían para dejarlos morir.

Este día fue muy negro para mí, perdí a la persona de toda mi vida, solo faltaban cuatro meses para cumplir 50 años de casados. Fue una pérdida fatal para toda la familia, las amistades, vecinos, docentes, grupos eclesiales y hermandad, no lo podían creer y a mí me afectó mucho. No quería salir a la calle porque me sentía culpable como si yo

hubiera cometido algo contra él, mis hijas y nietos no querían aceptar su muerte.

Todo un año fue la pesadilla, cada misa era volver al día del entierro donde de verdad uno se desprende de la persona, dejarlo allá causa dolor, tristeza, remordimiento, culpas y arrepentimientos. Pasaron tres años y lo recordamos cada día más, pero con la esperanza de vernos un día, allá en el cielo.

La vida es prestada, nacimos y debemos morir algún día, dicen que Dios nos llama porque llegó nuestra hora.

Así continúa una seguidilla de muertes. Tantos años de luto y dolor pasé y aún sigo pasando porque este último tiempo murió mi sobrino de un ataque al corazón y dejó cuatro hijos en etapa de formación, también mi hermana a los ocho días que muere su hijo, ella falleció debido a su avanzada edad.

Todavía hay luto y dolor en mi familia.

